

TRES ANDALUCES IN *PARTIBUS INFIDELIUM*

Por AQUILINO DUQUE GIMENO

Mi amistad con José María Alberich Sotomayor data del curso de 1949-50 en la Universidad de Sevilla, donde él estudiaba Letras y yo Derecho. Ambas facultades estaban muy próximas y puede decirse que cada una tenía su patio. Las aulas de los juristas rodeaban el patio grande en el que se alzaba la estatua de Maese Rodrigo de Santaella. Las de Filosofía y Letras estaban en un patio interior, un patio, más pequeño, unido al otro por “un largo corredor oscuro” a cuya mediación se abría una biblioteca donde estaban las ediciones príncipe de todos los poetas que me apasionaban, desde *Almas de violeta* a *Marinero en tierra*, más las antologías que los habían hecho célebres, desde la de Gerardo Diego hasta la de González Ruano y la de Sáinz de Robles. Era ese patio recoleto, con su pileta en el centro, donde estaba el laboratorio de Historia del Arte, tras cuyos ventanales encristalados recuerdo a José María Alberich, dando clases de inglés a una chica llamada María Dolores de Retes, que no sé si era medio novia o medio prima suya. Ella me saludó sonriente y mostrándome la punta de la lengua. No la volví a ver hasta algunos años más tarde en la estación de Jerez de la Frontera, al bajarme del tren que me traía desde San Fernando, donde hacía mi servicio militar, y me dejó pasmado su acento porteño, pero no del Puerto de Santa

María, sino del Puerto de Santa María de los Buenos Aires. Con él no tardé en encontrarme, ya en vacaciones, delante de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, en el autobús que nos llevó a la Rábida, donde pasamos cuarenta días inolvidables. En La Rábida, aquel verano del 50, convivimos bastante y no dejaba de pedirle su opinión sobre mis garabatos líricos.

Al reanudarse el curso académico en Sevilla, él ya no estaba, y su puesto en el Laboratorio de Arte lo ocupaba ahora Paco Márquez Villanueva, que daba clases de inglés a su vez a la que con el tiempo sería su esposa: María Teresa Lorenzo. Pepe Alberich hizo en Madrid, en la Universidad Central, el resto de su carrera y calculo que se graduó en Letras más o menos cuando yo me gradué en Leyes en Sevilla y dejé Marín con las estrellas de teniente de complemento de Infantería de Marina. No volví a saber de él hasta que desembarqué en Ginebra en 1959 o 1960, y fue a través de José Ángel Valente, que había coincidido con él en la Ciudad Universitaria madrileña y luego en Oxford, ya padres de familia los dos. Alberich había además estado en Ginebra en lo mismo en lo que yo luego me gané la vida, y le contó a Valente una travesura mía del verano en La Rábida que yo había olvidado por completo.

En el tiempo que vivimos en el extranjero coincidimos alguna que otra vez en Sevilla, y nuestro punto de referencia era la librería de Lorenzo Blanco, en la plaza del Salvador. Pepe, el hijo de don Lorenzo, nos mantenía por otra parte al corriente de nuestros desplazamientos trasatlánticos, y así fue cómo Márquez y yo nos vimos en Norteamérica y en Italia o me reuní en Sevilla con Alberich y otro exbecario de La Rábida, José Gómez Salvago, alcalde de Paradas cuando el crimen de Los Galindos y autor de un librito, creo, sobre uno de los grandes temas de Alberich: Baroja y los ingleses. Cruzamos bastantes cartas los tres en aquellos años de trashumancia y, al volver a Sevilla y colaborar con el Secretariado de Publicaciones de la Universidad, fueron ellos dos de los primeros a los que me dirigí pidiéndoles originales para la Colección de Bolsillo. De ahí salió, pues, *Del Támesis al Guadalquivir*.

Pepe vino a Sevilla, donde vivían su madre y algunos de sus numerosos hermanos, y unas veces nos encontramos y otras no. Una de ellas fue con ocasión de mi ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, de la que queda recuerdo filmado.

Otra vez, que yo estaba en Roma por motivos de trabajo, llegó a conocer, *guarda caso!*, a la persona que años atrás se ocupó de editar y promocionar en Italia mi novela *La linterna mágica*: el piemontés Alberto Cattabiani. Cattabiani, recién divorciado de su esposa, se había mudado a Roma, y su nueva pareja, Marina Cepeda, o Berna por su anterior matrimonio, era muy amiga de Pilar, la hermana pequeña de Pepe. Nunca pasó Cattabiani tanto frío como aquella vez en Sevilla y, según Pepe, no hacía más que reclamar su *cacciatora*. (En otra visita a Sevilla en que coincidí con la pareja y que vinieron a cenar y tuve la precaución de sentarlo lo más cerca posible del *termosifone*, comentó en cambio que nunca viviría en una ciudad tan calurosa como Sevilla). Esto me recuerda un pasaje de Valéry Larbaud que, hallándose en una isla griega con alguien y preguntarle éste, si sabía de algún lugar donde se pasara tanto frío en invierno como en Grecia, le contestó sin vacilar: “Sí. En Sicilia, en España y en algunos puntos de Islandia”.

Si Márquez me reprochaba en sus cartas que yo hubiera vuelto a Sevilla, Alberich no dejaba en las suyas de decirme lo harto que estaba de Inglaterra, hasta que por fin levantó el vuelo y a Sevilla que se vino también. Su llegada fue para nosotros una bendición, pues de su larga permanencia en el extranjero traía la costumbre, que nosotros echábamos de menos por las mismas razones, de invitar amigos a cenar, y era su mesa, aparte de amena por la combinación de comensales, de un refinamiento exquisito y apetitoso, con lo mejor y más fresco del mercado y una cocina en la que el algecireño rivalizaba con el toque vizcaíno de Bego. Tan pronto se presentó la ocasión me di traza y modo de incorporar a Pepe a la Academia de Buenas Letras, seguro además como estaba del rendimiento que iba a dar, como demostraría, no sólo con sus ponencias, sino en la organización de ciclos por los que desfilaron amigos suyos como el embajador Ruiz Armengol, colegas en Inglaterra como Martin Murphy o Medardo Fraile y, sobre todo, el dedicado al centenario de la generación del 98.

Muchos son los ratos que hemos echado juntos, en familia o en corporación, como en la visita que nos hicieron a Zufre los académicos de Buenas Letras a quienes, al regreso a Sevilla, ya de noche, se les averió el autobús y, mientras se reparaba la avería, el historiador José Luis Comellas entretuvo con una completa y

amena descripción del cielo estrellado. Ya en Sevilla, se encontró Pepe con el amigo Márquez en quien, al referirle la excursión y la lección de astronomía, provocó en él uno de sus ataques de *odium philologicum* con ademanes de exorcista así que oyó el nombre del astrónomo. También en Zufre me presentó Pepe una versión de *La linterna mágica*, que aprovechó para hacer una descripción de los *hippies* barbudos de camisa a cuadros del 68 y, ya estaba yo en el uso de la palabra, cuando llegó el editor que venía de otro pueblo y era la personificación de la caricatura. Otro lugar de encuentro era Isla Cristina, con escapadas gastronómicas a Portugal desde el piso o el chalecito que sucesivamente se compró, y donde por cierto Márquez también aterrizaría y apareció en una charla mía sobre Cervantes, como yo había aparecido en el Instituto Español de Roma en una charla suya, de Márquez, en que se metió con Juan de Mena en el Concilio de Florencia. Lo cierto es que la condición de andaluces *in partibus infidelium* hizo que nuestras trayectorias, más que paralelas, fueran triangulares, las de un triángulo cuyo vértice más constante fue el de Alberich. El mío, por ejemplo, se desplazaba a veces a puntos insólitos, como fue el caso, poco después del ingreso de Alberich en Buenas Letras, en tiempos de los fastos sevillanos de 1992, en que el mío estaba nada menos que en Helsinki y nos carteamos a propósito de Ganivet, de Cunningham Graham y de la correspondencia de la hija de Pascual de Gayangos. Pepe me hablaba en una de sus cartas de un tío suyo, cajero en una estación madrileña, compañero en ella de un hijo de Ganivet y Amelia Roldán, que se las veía y se las deseaba para mantener a sus dos familias: la legítima y la de la puerta trasera.

Otra ocasión memorable fue la de otro desplazamiento de los académicos a Ronda, organizado esta vez por el marqués de Salvatierra, teniente de hermano mayor de aquella Real Maestranza e impulsor entre otras cosas de una escuela de equitación inspirada en la de la Hofburg de Viena, y es que en Ronda había Pepe Alberich pasado unos años de su infancia, en que vivió frente al palacio de Mondragón y cursó el bachillerato con los Salesianos. Con ese motivo, nos dio al marqués y a mí sendas copias mecanografiadas de unas memorias de su etapa rodeña, y como quiera que sus diez folios están numerados a lápiz del 31 al 40, se me ocurre deducir que deben de ser parte de unas memorias más extensas y que el

buen estilo y la amenidad de los viajeros decimonónicos, que tan bien estudió y con los que estaba tan familiarizado, lo habían impulsado a emularlos. Con ese texto, José María Alberich revela que, aparte de los títulos de estudioso y erudito, merecía con creces el título de memorialista y lo que no sabemos es, si las páginas que precedían y las que seguían a las que poseemos Rafael Atienza y yo, duermen entre los papeles que dejó o fueron descartadas en su día. Si el manuscrito entero aparece algún día, no me cabe la menor duda de que será una obra muy valiosa, y ya este capítulo es a mi juicio una joya, y más para los que hemos escrito más de una línea sobre Ronda y ponemos el nombre de José María Alberich a la altura de los de Rilke o Ridruejo, aunque sólo sea por las palabras con que remata su evocación: “Ronda y sus naturales seguirán siempre en mi corazón, hasta que deje de latir.”

Por lo mismo que el pacífico Alberich se hizo memorialista por su inmersión profesional en el memorialismo, su belicoso colega y corresponsal Márquez demostró que podía haber sido un excelente narrador, o más bien lo demostraron los amigos que dieron a la estampa a título póstumo unos cuentos suyos “sin influencia de Borges” que tuve en su día la satisfacción de reseñar. Pero en Alberich había algo más, y era la tradición familiar. Al cumplir los ochenta su tía y suegra, sus hijos e hijas la obsequiaron con una cuidada edición de sus memorias, que Pepe puso en mis manos y no perdí un segundo también en reseñar. Se llamaba esta señora Carmen Gippini y, a la vez que el libro, su yerno puso en mis manos los papeles de uno de sus hijos, Enrique Sotomayor, caído a los veintidós años en el frente ruso, donde coincidió con Dionisio Ridruejo.

No sé si la inclusión por mi parte de dos amigos tan distintos y con tanto en común en la nomenclatura de la amena literatura a través de los géneros de la narrativa y el memorialismo queda justificada por las dos reseñas que reproduzco a continuación.

1. Cuentos sin influencia de Borges.

No deja de ser una sorpresa, y es justo decir que grata, la aparición de un volumen de relatos del filólogo Márquez Villanueva, fallecido en Harvard en marzo de 2013. Me consta que, para él, estas incursiones en el terreno de la ficción eran un mero *diverti-*

mento, y desde luego le divertía muchísimo que alguna de ellas, aparecida en alguna revista universitaria, fuera objeto de sesudos análisis tras su versión al alemán. Lo cierto es que estos relatos, cuya edición para amigos es un detalle del colegio sevillano de San Francisco de Paula, al que antes de morir donó Márquez parte de su biblioteca particular, no son unos gratuitos caprichos literarios. Tampoco meros juegos de ingenio o siquiera *pastiches*, sino imitación en la más noble de las acepciones, en la que cultiva el creador que conoce a sus clásicos. Tan bien los conoce, que traslada a los escenarios de su fantasía un lenguaje que sólo domina alguien que esté familiarizado de luengo con la paremiología medieval y renacentista. Es de tal propiedad y riqueza el lenguaje que ya de por sí sería un gozo si lo que se cuenta no tuviera su miga y su intriga. Tal es la propiedad de este lenguaje que tres lectores distintos e igualmente atentos se han fijado en otros tantos gazapos, que no tienen más remedio que haber sido puestos adrede para desorientar al lector; uno es el adjetivo “predictible” en lugar de “predecible”, que su descubridor, el presentador Juan Gil, atribuye al entorno angloparlante, por más que el DRAE lo haya naturalizado; otro, señalado por la persona que me ha prestado el libro, que es el empleo del adjetivo “inédito” en lugar de “insólito” o “in-audio” en la frase “Tomi traía al Vaticano algo especial e inédito”, y por fin, el de más bulto, descubierto por el que esto escribe, que es decir en vez de “orfanato”, “orfeñato”, galicismo que es muy posible también haya adoptado ya el DRAE, en ausencia irreparable del maestro Cela, que fue quien me lo señaló. En fin, son ganas de buscarle tres pies al gato; lo propio sería, como también le oí a Cela, buscarle cinco, y son muchos puntos los que hay que calzar para encontrarle un quinto pie al gatito del Papa.

De ello se ocupa la profesora López Grigera, autora del estudio y las notas de la obrita, estudio que aconsejaría leer después de leídos los relatos, pues es inevitable no saber de qué van a la luz de la minuciosa disección filológica de que son objeto. Yo he tenido la precaución de leérmelos antes que el estudio y la presentación que los preceden, pero aun así espero no haber dicho demasiado del primero de los siete apólogos. Cuando queremos recomendar una lectura que vale la pena por razones estilísticas no es cosa de condicionarla con nuestros prejuicios. Por ejemplo, de ellos hay

dos que me gustan menos que los otros cinco, pero no voy a decir cuáles ni por qué. En uno de ellos coincide conmigo la doctora López Grigera, que por su parte indica que ese cuento era el preferido de Juan Goytisolo, gran amigo y admirador del autor.

Es una pena que a este librito no tengan acceso más que los amigos de juventud, por así decir, de Francisco Márquez, entre los que lo ha distribuido la Fundación Goñi y Rey, del colegio sevillano de San Francisco de Paula. Ojalá se haga una edición para un público más amplio, en cuyo caso yo recomendaría que se le cambie el título y se ponga al final el Estudio de doña Luisa López Grigera. En cambio, la presentación de Juan Gil es inamovible, pues incita la curiosidad del público sin levantar el telón antes de tiempo. Pero es que esa presentación, rica en datos y en ideas, es también en su estilo una obra de arte. Uno de los conceptos que en ella se desarrollan es el del *Odium philologicum*, sinónimo para el filólogo Charles Nisard, de “odio superlativo”. Juan Gil lo trae a colación para destacar la ausencia de ese *Odium* en la filóloga López Grigera, que con tan abnegada veneración estudia y anota a su colega Márquez. Los que en cambio hayan tenido la imprudencia de mencionarle a Márquez ciertos colegas o maestros suyos –llámense Otis Green o Marichal o Carriazo– han podido ver cómo un sabueso de Baskerville hacía jirones “su afable apariencia de sabio maestro”. También su maestro don Américo solía tener esos prontos en grado superlativo.

2. Carmen Gippini, la madre de Enrique Sotomayor.

Allá por 1951 o 1952 llegó a Sevilla un joven médico bilbaíno que se llamaba Vicente Arenal y estaba emparentado con la familia de don Ramón Carande, con cuyo hijo Bernardo y otros amigos universitarios andaba yo metido en los trabajos fundacionales de la revista *Aljibe*. En la consulta que abrió en uno de los pisos del América Palace, junto al Prado de San Sebastián y la Estación de Autobuses, amueblado aún con unas rústicas sillas de enea con los barrotes pintados de azul, organizó una tertulia literaria a la que nos llevó Bernardo y en la que por cierto el anfitrión hizo un gran elogio de *El bosque animado* de Fernández Flórez, autor poco estimado de la juventud rebelde en cuyas

filas Bernardo militó hasta el fin de sus días. Arenal admiraba mucho a los grandes poetas de su tierra y de su edad, Celaya y Otero, y asistió a la lectura que hicieron en el Club La Rábida los poetas cordobeses Julio Aumente, Ricardo Molina y Pablo García Baena, al concluir la cual me comentó que aquella poesía no le había gustado “un pimiento”. Vicente Arenal –lo supe al cabo de los años– había hecho la guerra en las brigadas de Navarra, en el mismo bando de los poetas que admiraba, pasados luego al bando contrario.

Algo más de veinte años después, trabé conocimiento en Madrid con otro pariente de los Carande, Javier Martínez de Bedoya, casado con Mercedes Sanz Bachiller, viuda de Onésimo Redondo, que me regaló un libro suyo sobre “Marcuse y el socialismo”, subtulado *El socialismo imposible*. Vivía en General Sanjurjo, hoy Abascal, donde conocí a Mercedes, y me invitó a comer en un restaurante de la plaza de San Amaro que se llamaba *La Marmite*, propiedad de la hija que tuvo con Mercedes.

Unos años más tarde, mi amigo José María Alberich Sotomayor me obsequió con un ejemplar de las *Memorias de una madre*, de Carmen Gippini. Estas memorias, escritas sin otro propósito que dejar constancia de la vida familiar a su numerosa descendencia – tuvo diez hijos e innumerables sobrinos y nietos-, son una historia de una familia, desde luego y, además, el retrato fiel de una época. Nacida en Madrid, entre la iglesia de San José y lo que entonces era el Teatro Apolo, empieza dando cuenta de lo que era la vida artística y social en torno a este teatro y puede decirse que además contempla desde el palco preferente que son sus balcones a la calle de Alcalá, el espectáculo, rico en golpes de teatro, de la Historia de España en la primera mitad del siglo XX: el atentado contra el Rey en el día de su boda, la huelga general revolucionaria del 17, la dictadura de Primo de Rivera, la proclamación de la segunda República y el rosario de desmanes que culminó en la guerra civil, que le pilló a ella en Algorta y a su madre en Pinto. El ambiente social en que se movía la hizo intimar con la familia Besteiro o con Lolita Rivas Cherif, con el tiempo esposa de don Manuel Azaña. Por las páginas de estos recuerdos pasa una galería de personajes conocidos e importantes en la vida pública, vistos en la juventud o en la intimidad. Muchos han sido

ya olvidados, y a todos los eclipsa uno de los hijos de la autora, Enrique Sotomayor, caído en plena juventud en el frente ruso y a quien Dionisio Ridruejo nos retrata en unos trazos inolvidables en sus recuerdos de la División Azul. Sobre Enrique Sotomayor hay mucho que decir, y ojalá lleguen a buen puerto las gestiones en marcha desde que pasaron por mis manos los papeles que conservaba la familia.

Otro personaje, amigo de la familia, que aparece en el Bilbao que aguarda su liberación por las tropas nacionales, es precisamente el padre de mi difunto amigo Vicente Arenal, el notario don Celestino Arenal García de Enterría, casado con doña Felisa Martínez de Bedoya y Martínez Carande, apellidos maternos que se unen en el académico don Eduardo, teórico si mal no recuerdo del engendro de las autonomías, y explican el parentesco de éste con el marido de Mercedes Sanz y con mi fraternal amigo Bernardo Víctor. No sé por qué esta anécdota menor cobra para mí esta importancia en un libro lleno de noticias estupendas, como no sea porque por su llaneza y su claridad y su elegancia expresiva me recuerda otras memorias más recientes: las de la madre de Bernardo Víctor, María Rosa de la Torre Millares, sobre su primera juventud en Las Palmas de Gran Canaria. María Rosa hizo su entrada en el Madrid recién liberado tocada de boina roja y acompañada de Javier Martínez de Bedoya. Su marido don Ramón los esperaba en el Banco Urquijo.

Carmen Gippini dejó antes de morir unos versos, que han llegado a mis manos desde las mismas que me hicieron llegar sus *Memorias* y los papeles de su hijo Enrique: su yerno y sobrino José María Alberich Sotomayor, y esos versos, que sin duda harán suyos en estos tiempos borrascosos muchos españoles de bien y que ahora reproduzco, me han inducido a la divagación precedente, acaso prolija, pero imprescindible a mi juicio para destacar la personalidad de la autora.

La despedida de Carmen Gippini (1896-1988)

Cuando yo me muera
nadie sienta pena.
Me marcho del mundo
tranquila y serena.

Mi misión cumplida
me da fortaleza.
Mi mundo se acaba
cuando el vuestro empieza.
Todo está cambiado
mi ley no es la vuestra
y lo que me asusta
y me da tristeza
es no comprenderos
ni que me comprendan.

Me voy con los míos,
con los que me esperan,
los que compartieron
mis mismas ideas,
con los que murieron
para defenderlas.
Dios, Patria, Familia
eran nuestro lema.
Ahora esas tres cosas
se olvidan y alejan
y yo no comprendo
el vivir sin ellas.
Por eso os repito
que no tengáis pena,
que cuando me vaya
cuando Dios lo quiera,
me iré con los míos,
con los que me esperan.